

tarra, compañera inseparable del barbero, pendía de un clavo fijo en la pared: frente á la puerta se hallaba la piedra de amolar, y al pié del aparato que la sostenía, amarrado un gallo, íntimo amigo del señor rapa-cachetes.

Segun lo dicho hasta aquí, parece que se trata de presentar el tipo de una barbería y no el del *barbero*. Pero se engaña, por mi fé, quien tal piense! Todo el mundo sabe que por el hilo se saca el ovillo, y la carta por el sobrescrito. Ahora bien: habiendo presentado la *cubierta del barbero* se infiere fácilmente lo que será un hijo de Adán inclinado á gallos y guitarras, á muñecos y baratijas, á la novedad y al desórden.

Zumbon, decidor y bullicioso; alegre, parlanchin y semi-ilustrado; un *hombre telegrafo*, segun la velocidad con que reparte noticias entre sus vecinos; una gaceta viviente; un *noticioso de ambos mundos* en carne y hueso; estuche de chismes, almacen de crónicas, inagotable arsenal de episodios, última edicion refundida de *Entre col y col lechuga*: he aquí lo que era el admirable personaje que nos ocupa! Y hemos dicho lo que *era* y no lo que *es*, porque, lo decimos con dolor, el *barbero* y la *barbería* salvadas algunas escepciones, no son hoy lo que fueron en otros tiempos no muy lejanos ciertamente. En efecto:

Las celosías cayeron de la puerta, y se entronizaron las vidrieras.

La cortina blanca y trasparente se apareció como un telon detras de la vidriera, ocultando el drama interior á los espectadores de la calle

La guitarra fué reemplazada por las novelas de Süe, Dumas y D' Arlineourt

Las pomadas de *limon* y *torongil* huyeron ante el *aceite de oso*, el *macassar* y la *bandolina*.

Las figuras de papel no quisieron ver su imágen en los espejos de marco dorado.

Los animales de la arca cedieron su puesto á las estatuas de yeso.

La piedra de amolar escabullóse avergonzada.

El gallo levantó el vuelo.

Y por último, el mismo *barbero* se convirtió en *flebotomiano*.

Ahora, si la barbería y sus adminiculos tuvieron su cambio, tambien lo ha sufrido el barbero tanto en lo moral como en lo físico. Algunos restos, sin embargo, nos quedan del primer tipo; restos desiertos y errantes como el pueblo judío, y confinados en la plazuela del Factor, en los suburbios de la capital, y en algunas ciudades y pueblos del interior. Dejémoslos ya por lo tanto en su pacífico retiro: baste lo dicho respecto de ellos, y ocupémonos en presentar al *barbero flebotomiano*, segun Dios nos dé á entender.

Para conseguir mejor nuestro propósito, preciso es no olvidar que si el barbero ha sufrido su cambio, no ha sido tal que haya perdido enteramente sus costumbres, caracteres y rasgos primitivos. ¿Ni por

qué los habia de perder! ¡Bueno es eso! La moda puede invadir la barbería, sus accesorios, los afeites de su dueño, los vestidos de éste, etc. etc., pero modificar la lengua del barbero, obligarla á permanecer en reposo y á no hablar del prójimo, esto creemos no lo hubiera conseguido ni el mismo filósofo que tenía á sus discípulos cinco años aprendiendo la ciencia de callar, cosa que un sabio de nuestros dias conseguiria en dos minutos, aplicando la siguiente regla y su respectiva escepcion, á saber:

A todo individuo á quien se pretenda enseñar el difícil arte ó ciencia de callar, échesele abajo la lengua.

Esceptuánse de la regla anterior las individuos y los barberos.

Segun esto, lector, ya conocerás que es del todo imposible la transformacion completa de nuestro tipo: para mas convencerte de esta verdad desearia presentarte algunas escenas del barbero; pero mi pluma suspende su giro ante tamaña empresa, y conózco que solo conseguiria aumentar el número de necedades hasta aquí estampadas en letras de molde. En cambio te daré algunas noticias del señor flebotomiano encargado de conservar la *policia* de mi rostro.

Mi hombre dijo: Aquí me planto á *segar barbas*; y de hecho se plantó en la calle H. es decir, en cualquiera, pues para ejercer la profesion no se necesita andar como el cazador, buscando el sitio en que mas abundan los conejos y los gansos; no por cierto: el barbero encuentra gansos y conejos en todas partes, y casi siempre en abundancia. Una vez elegido el local preciso fué ditinguirlo de las demas casas, y avisarle al público que allí debia enterar su contribucion semanal ó bisemanal, cosa que nuestro personaje consiguió poniendo en letras muy grandes, arriba de la puerta de la calle, el prosaico nombre que le cupo en suerte por haber nacido en el dia de Santa Bárbara. Helo aquí:

BÁRBARO VERDUGO DE LA QUIJADA,

FLEBOTOMIANO.

Allí, pues, quedó instalado á la disposicion de vdes., y sobre todo de la mia, que soy su antiguo parroquiano, y cada semana precisamente me deja los cachetes tan limpios y lustrosos como las posaderas de un nene rollizo y bien acondicionado.

Mi barbero, — que bien puede llamarse el barbero de todos, ó todos

los barberos, supuesto que le presento como tipo,—es un término medio entre lo antiguo y lo moderno, entre la moda pasada y la reinante. Viste pantalon y chaqueta de lienzo entre semana, y ambas cosas de paño en los domingos, sin que por eso deje en los días clásicos de encasquillar su persona en una levita, pieza la mas querida del guarda ropa del barbero. En tales días el sombrero de ala ancha y copa baja suele tambien ceder el puesto al sombrero alto; y la bota polvosa ó el deslustrado zapaton recibir una doble mano de bola para quitar en lo posible las señales que revelan al ingrato becerrillo. Por consiguiente, el hombre que se da bola, que ama la levita y adorna su cabeza con sombrero alto, no debe estar reñido con el reloj, así es que los últimos hijos de *Ings* y *Evans* han encontrado asilo en los bolsillos del chaleco barberil.

Cuando yo visito al maestro *Quijada* regularmente es en días comunes, de suerte que le hallo en traje ordinario, cosa que no debe sentirse, supuesto que al paso que se halla menos aprisionado en los vestidos, tiene la lengua mas suelta en la boca. Apenas me ve llegar cuando abandona las ollas de sanguijuelas á quienes mudaba el agua. Al mismo tiempo me saluda de un modo que indica su satisfaccion por tener un parroquiano como yo, cuyo flaco es el saber vidas ajenas: en seguida me aproxima el sillón, me coloca los paños, y despues de las consabidas preguntas de si el agua está buena y la navaja no lastima, pasa cariñosamente su dedo pequeño por mis quijadas para repartir en ellas la espuma del jabon, y comienza á cortar barbas con la navaja, y á destrozár al prójimo con la lengua.

El barbero es precisamente el hombre de quien decirse puede, y con razon, *que no se para en pelillos!*

Creemos haberle llamado ya una gaceta viviente, ó lo que es igual, *el hombre periódico*. Veamos si tuvimos razon para ello.

Comienza el maestro *Quijada* lamentándose de lo malo que están los tiempos, y lo poco que hoy produce el oficio barberil: reniega de los que se afeitan solos y les ve como un obstáculo para engrandecer al país, y un golpe mortal para la industria. Sabe que se ha construido una máquina para afeitar, y atribuye su invencion á un nuevo Heródes que pretende degollar á los inocentes que se pongan en el sangriento y diabólico aparato; y sigue hablando sobre barbas y bigotes; y no encuentra el por qué si estos se rapan no sucede lo mismo con otras cosas capaces de ser rapadas, moda que produciria mil bienes, y entre otros el de hacer que los maridos celosos vivieran tranquilos con solo rapár á sus envidiadas mitades los cabellos, las pestañas y las cejas. Con semejante manera de discurrir nuestro personaje me espeta un artículo sobre barbas y bigotes que bien puede llamarsele **ARTICULO DE FONDO** precisamente por tener la cualidad indispensable de carecer del *fondo* susodicho.

Luego se desata en elogios tributados á Guillermo el Conquistador, porque protegió el oficio barberil prohibiendo á los bretones se dejasen las barbas. Cree que los barberos debian levantar estatuas á Pedro el Grande por haber mandado que los rusos se rapasen; y maldice á Mahoma, que nunca se rasuró, y reniega de Homero, de Virgilio y de Plinio porque se ocuparon en hablar de las barbas de Nestor, de Mecencio, y de un filósofo de Siria. Y sigue echando bendiciones á Scipion el africano y á Alejandro, y maldiciendo á Carlos V y al famoso Enrique IV.—Por supuesto que noticias tan eruditas no son fruto de la instruccion histórica de nuestro hombre, sino que las adquirió, lo mismo que el articulista, de un periódico que las habia copiado de otro, y este de aquel, etc., etc.; y he aquí las **VARIEDADES** del barbero, á quienes no falta ni el mérito de ser copiadas.

En seguida me refiere las noticias mas recientes que ha adquirido con respecto á la guerra de Oriente y á los sucesos de España. Sabe que existe un Menschikoff, cuyo nombre erizado de consonantes revela que su dueño no puede menos de ser sino un antropófago temible. Ha oido hablar de Sebastopol y de Cristina, de Espartero y de los rusos; y para nuestro hombre todos son unos porque todos son hijos de Adán, no pudiendo en esta materia distinguir lo blanco de lo negro. Pronto conoce el flebotomiano que no está en su terreno, así es que con la mayor destreza abandona los altos personajes y sucesos de Europa, viniendo á dar en los chismes, enredos y consejas de vecindad, en cuyo fuerte es invencible el locuacísimo barbero. En dos por tres me cuenta que la niña Virginia que vive enfrente hace mucho tiempo que no sale ni para ir á la iglesia, y esto precisamente porque espera que la saquen á misa. A continuacion me informa de como D. Dimas Ladron de Guevara ha metido á su casa las talegas de tres loterías que se ha sacado, sin entrar en ellas. Y sigue por el mismo est lo contándome la crónica escandalosa de la manzana, y con esto y lo dicho antes el barbero forma su **CRONICA EXTRANJERA** y una **GACETILLA** tan abundante que acreditaria el periódico mas próximo á *exhalar su último número*.

Siguen los **AVISOS**, los cuales no terminarian si el maestro *Quijada* acabando de afeitarme y quitándome los paños no interrumpiera su relacion con el *buena salud*, frase de ordenanza y asáz alagadora y cariñosa; pero que bien traducida significa el deseo de que al día siguiente el parroquiano tenga necesidad de curarse un caústico, sacarse una muela, aplicarse una ventosa, ó cuando menos una gruesa de sanguijuelas en el colodrillo.

Pero hétenme Vds. ya afeitado y dándole su propina al maestro, cosa que él corresponde dándome las gracias, yéndose en seguida á mudar el agua á sus sanguijuelas. Al ver esta operacion, y mientras me arreglo la corbata, tomo mi sombrero y enciendo un cigarro, se

me ocurre que las ideas, los chismes y los embrollos deben agruparse y rebullir en el cráneo del barbero lo mismo ni mas ni menos que las sanguijuelas en sus ollas respectivas. De allí me vino la idea de dar la definición del barbero, esacta en mi concepto, por mas que les pese á lógicos y matemáticos, lo cual me importará un pito, supuesto que cada uno es muy dueño de comprender las cosas y esplicarlas, segun lo agudo ú obtuso de las entendederas que Dios le ha dado. Por tanto, no terminaré mi artículo sin haber definido á mi hombre, sobre todo cuando tengo en mi apoyo para no decir un desatino, aquellos consabidos versos de Zorrilla, que si mal no me acuerdo dicen así:

“Hay pensamientos que en la mente viven
En un rincon de la memoria echados,”

esto es, como si los tales pensamientss fueran un *chinchorro* de cabritos! . . .

Ahora bien, lector: para concluir te diré que una vez que semejantes bichos pueden habitar en el cerebro, lo cual nos esplica el por qué hay pensamientos tan *animales*, desde luego no parecerá extravagante ni disparatado el que yo defina á mi hombre, diciendo:

El barbero es un hijo de Adan que tiene por cabeza una olla colossal de sanguijuelas, en continuo movimiento.—V.

